



La muerte de un pobre en la alcoba de un palacio

San Juan de Dios y la
iconografía de su muerte

7 JACINTO HIGUERAS FUENTES

Diseño y maqueta Susana Martínez Ballesteros
Imagen de la cubierta Portada del Hospital de San Juan de Dios, Granada

Dirección científica Francisco Benavides Vázquez
Fotografía Pepe Marín Zarza / Lucía Rivas Villa / Luis Ruiz Rodríguez
Revisión de pruebas Marina Santiago Villanueva

Depósito legal GR 246-2025
ISBN 978-84-121472-6-1

© de la edición: Archivo-Museo San Juan de Dios. 'Casa de los Pisa'
© de los textos: sus autores

Realizado en España / Made in Spain

7

Muerte de San Juan de Dios

JACINTO HIGUERAS FUENTES

Texto hagiográfico de ALFREDO MUÑOZ HIDALGO
Análisis de la obra por FRANCISCO BENAVIDES VÁZQUEZ



Muerte de San Juan de Dios

JACINTO HIGUERAS FUENTES

1919

Barro, 35 x 18 x 24,5 cm

Archivo-Museo San Juan de Dios
'Casa de los Pisa' - Sala Recibidor [0008]



*Así nos cuenta Alfredo Muñoz Hidalgo¹
la enfermedad y muerte de San Juan de Dios*

EL ÚLTIMO INVIERNO DE MI VIDA fue muy duro. Mucho frío. Poca leña. Aprovechábamos cualquier oportunidad de tiempo y ocasión para recoger la que podíamos. (Febrero, 1550).

Aconteció que en una gran crecida del Genil se nos presentó una extraordinaria. Bajaba el río impetuoso arrastrando cantidad de ramas y hasta troncos a impulsos de la corriente. Acudimos todos los que pudimos a recoger el máximo posible. Entre esfuerzos y fatigas reunimos mucho, pero en lo más empeñado de la tarea, vimos que un mozalbete se debatía en medio de las aguas con unas grandes ramas que intentaba acercarnos a la orilla...

La corriente revuelta se lo impedía. Y empezó a llevárselo locamente. Irremediablemente. Me arrojé decidido a detenerlo... ¡Me quedé en la mano con una rama desgajada de las que llevaba! Fue más fuerte la furia de la corriente. ¡El muchacho desapareció río abajo!... Yo salí como pude, ayudado por los compañeros... Sacudí el agua que me cubría. De lo que no pude desprenderme fue de la tristeza inmensa y del coraje contrariado de no poder salvar a aquel niño... Ni vi leña, ni sentí frío ni oí palabras de quienes me rodeaban y trataban de arroparme... Comencé a temblar hecho un puro escalofrío...

Me llevaron al hospital y me echaron en una cama... Más que la fiebre me agobiaba comprobar que no tenía la fuerza de antes... El viejo cuerpo, asnillo compañero, me estaba fallando. Por mucho que diera de sí, no podía seguir el paso que exigía el ansia de mi alma... Los ayunos, las penitencias, el poco sueño, los trajines continuos servían de alimento al espíritu, pero a costa de desvencijarme el cuerpo... Al incidente del río se juntó la resaca de los viajes a Castilla, los últimos a Málaga, la tensión permanente...

Para colmo de complicaciones, un día en que apenas podía moverme, me llamó con urgencia el Señor Arzobispo para que le diera cuenta de ciertos desmanes que, según le contaron, había en el hospital... Mujeres de mala vida, incordiantes, sujetos aprovechados que sembraban rebeldías y rencillas... Personas que deshonoraban la obra tan hermosa de la caridad...

¹ MUÑOZ HIDALGO, Alfredo. *De Juan Ciudad a Juan de Dios. Psicohistoria de un gran amante*. Barcelona, Ediciones 29, 1990, pp. 219-223.

Oído que hube al Prelado, no salía de mi asombro. Porque según mi entender y la realidad que yo apreciaba, el único indeseable que existía en el hospital era yo. No acababa de comprender qué si Jesucristo había venido a redimir a todos los pecadores, fuese justo que despreciáramos nosotros a nadie y les echáramos de la casa de Dios... Si es caso quién más estorbaba era yo que ya no servía para nada con mi debilidad y acabamiento, además de ser el más ruin de todos.

Recuerdo que aquel día, después de mi desahogo y sinceramiento ante el señor Arzobispo, al recibir su aliento y bendición, hasta me sentí con menos fiebre y agotamiento.

Pero ya había sentido el aldabonazo de la muerte. No es que la presintiera, ¡la tenía ya a la puerta!... Como una tromba, en medio de la calentura y decaimiento que me poseían, comenzaron a asediarme miles de quehaceres por hacer; deudas que pagar; pobres vergonzantes que visitar... Hubo horas que pasé en puro delirio y vértigo de recuerdos y acontecimientos revueltos, inconexos, sobreponiéndose unos a otros en pesadilla angustiada... Pensaba en el porvenir de los enfermos escrito en cartas que nunca llegaban a los benefactores; el poco servicio que había realizado del cual se reía el demonio; la cantidad de tiempo que había perdido y que se caía como si fuera arena por un barranco; enfermos con muletas aporreando la puerta del hospital; ¡El P. Juan de Ávila señalándome con el dedo que tuviera cuidado con las mujeres!...

Los Duques de Sesa regalándome... Antón y Pedro con una espada cada uno y abrazándose... Un caballo que me tiraba por un desfiladero... Un rebaño de ovejas apretadas unas contra otras aguantando una tormenta... Y un barco llegando junto al peñón de Gibraltar... Y un corro de soldados jugando a los naipes... Y una procesión de tullidos y locos desfilando y cantando por el Zacatín... Y el Príncipe Felipe entregándome una bolsa de ducados... Y un puerco hozando en mi capacha cuando de vuelta al hospital me caía al suelo... Y la cara del muchacho aterrado cabalgando sobre unas ramas, río abajo... Y mis brazos tendidos para detenerlo... Y la cara del Prior de Guadalupe... Y un corro de locos pidiéndome agua... Y unas meretrices que se mofaban de mí y me robaban un asnillo que teníamos en el hospital... Y otro loco gritando, arrojándose por una ventana del Real, envuelto en llamas... Y la imagen del arcángel S. Rafael que me pedía libros de caballería... Y la cara del amigo que se escapó a los moros pidiéndome entre risas que trompicara... Y una capacha de la cual salía Jesucristo dando la mano a un ciego... Y el demonio en forma de nube negra que me envolvía y quería arrastrarme hasta el infierno... Y otra vez S. Rafael que me sacaba de la nube... Y la Virgen que me sonreía y me mostraba al Niño Jesús... Y una granada que me ofrecían diciéndome «toma esta cruz» ... Y unos loqueros que me pegaban y gritaban «paga tus deudas» ... ¡Deudas! ... ¡Deudas! ... Deliraba... Deliraba... ¡Y me iba consumiendo!...

Los compañeros, los enfermos, los criados sufrían viéndome tan agotado. Los médicos movían la cabeza entristecidos. Los buenos amigos venían a visitarme. Me consolaban, trataban de aliviarme...

Los Señores de Pisa insistían en que me dejara conducir a su palacio para ser atendido con más acomodo que donde estaba... Me resistía... ¡Yo que había llevado a tanto enfermo al hospital, no iba, ahora, enfermo, a salir del hospital! Era mi vida, mi centro, mi cruz y mi gloria... Pero la buena dama obtuvo consentimiento y orden del Señor Arzobispo para convencerme. Tuve que anteponer la obediencia a mis sentimientos... ¿quién era yo para no obedecer a mi Prelado?... Me dejé ir... Pero el alma se me quedó con mis pobres. De tantas veces que se me había quebrado el corazón ante ellos, fue ésta la más dolida y duradera hasta la muerte... ¡Nunca fue tanta carga dejar carga tanta!... Sentía tan vivo el latir y el peso de quienes había llevado sobre mis espaldas que me pareció por un momento tomarlos uno a uno para darles el último abrazo y caricia... Fue como si al estar besando las llagas de los mismos pies de Cristo después de lavárselos, alguien me quitara de ellos y me arrastrara a otro lugar...

¡Pero seguía siendo de Dios!... ¡Juan, sano o enfermo, de Dios!

Todo lo demás os lo cuenta la historia. Si hubo algo presenciado, detallado, asegurado y testificado, fueron mis últimos días, agonizando en la Casa de los Pisas...

¿Qué sentí yo mientras iban y venían tan bondadosas personas como me rodeaban, el Señor Arzobispo Guerrero a la cabeza, deseándome consolar, encomendándome y despidiéndose?... Parte de mis sentimientos se los manifesté al Prelado:

Me muero con tres espinas clavadas:

¡He hecho tan poco al servicio de Dios!

¡Son tantas las deudas que tengo encima!

¿Quién va a cuidar de este hospital, de los enfermos?

Consuelo fue y no pequeño la caricia de las palabras y bendición del Arzobispo, asegurándome que tuviera confianza en Dios y que de todo lo demás él se cuidaría con máximo interés y devoción... Antón, Pedro, Domingo, Simón, Juan se cruzaron las miradas y fue como si se me hubiera mostrado que una legión de ángeles se quedaban a cargo del hospital, convertidos en samaritanos enfermeros...

Fue tanto el agradecimiento que sentí por tal bondad que pedí a todos me dejaran a solas para calmarme y recogerme... Pero, ante todo para atender al último «rebato», el definitivo, de este Juan llegado al final, por Gracia de Dios, tan decidido, extraño, entregado, hecho amor, servicio y reverencia.

Me dejaron sólo... ¿Sólo?... «Sentía» a mi vera asistiéndome como una madre a nuestra Señora, a quien siempre en los grandes trances de mi vida la había tenido cerca... ¡Iba a emplear mis últimas horas en el ejercicio secreto de mi fuerza y mi valor: la Pasión de Jesucristo... ¡La Virgen Santa, al lado!...

Lo primero que pensé fue que era totalmente absurdo, desproporcionado, descortés y hasta descarado e irreverente, qué habiendo muerto al Señor en una Cruz, recibiera yo a la Muerte descansando en un cómodo lecho. Me incorporé. Me puse el hábito acostumbrado. Me hincué de rodillas. Tomé el crucifijo en mis manos... Y me puse a contemplarlo como nunca... Ví la faz agonizante de Jesús... Recorrí con la vista y la mano que me quedaba libre, sus pies, sus manos, su costado... Esas manos que de tanta bendición que habían derramado se le quedaron abiertas... la derecha, acoguéndome, la izquierda, rodeándome en abrazo... Esos pies convertidos en camino de tantos andares, dejando huellas de verdad y de vida... ¡Y ese costado, garantía de que su muerte fue verdad y que con ella nos ganó, me ganó, la resurrección...!

No sé cuánto tiempo estuve arrodillado entre preagónico y extasiado. Fue un delirio inefable, intraducible a palabras. Lo que sí puedo asegurar es que vi, sentí, mi vida como si se hubiera reconcentrado en un relámpago. Y que de pronto decidí —¡tantas decisiones al parecer excéntricas, inverosímiles, había tomado en mi vida!— realizar lo que nunca había hecho: abrir mi alma y contar lo que dentro, al correr de la vida, había ido sintiendo, reflexionando, aprendiendo, bajo el dedo invisible de la Dirección de Dios y de sus Dones...

¡Era la propia, la íntima limosna, pobre como los centavos de la viejecita del templo, pero llena de agradecimiento, amor y reverencia y servicio que podía dejaros... ¡Lo menos que podía hacer era contaros, a mi modo, algo remozado para que lo entendierais a vuestras alturas del siglo XXI, la aventura extraña, fascinante, inexplicable según las medidas al uso, de cómo un pobre lugareño sin letras logró doctorarse en las más altas teologías del AMOR, no por universidades famosas, sino por ollas y capachas recogedoras de las bondades de las gentes de buena voluntad... O si lo preferís, de cómo una barquilla sin remos y a la deriva llegó a convertirse en nao capitana en la Armada de la Caridad de Cristo...

Horas más tarde me encontraron en un equilibrio inusitado, increíble, asido al Crucifijo, de rodillas, levemente inclinado como acercando los labios al Costado de Jesús...

En el aire, todavía, los de oído fino al Espíritu, pudieron percibir el eco de mi último pregón, mi postrera petición de limosna. Esta vez, al mismo Jesucristo.

Fatigado de la brega llego, Señor junto a la tuya...
Ábreme tu Costado, albergue eterno...
Dame hospitalidad, que vengo muy mal herido de Amor...





Para conocer mejor esta pieza...

El origen de muchas obras religiosas lo encontramos habitualmente en un boceto que es el que recoge las primeras ideas e inspiraciones de lo que será finalmente la obra definitiva. El artista estructura sensaciones, conocimiento se ideas y los plasma en una primera obra, en la mayoría de los casos, de tamaño menor al real del encargo y en un soporte fácil de trabajar.

Este es uno de los numerosos bocetos que conforman la colección del Museo Casa de los Pisa, el boceto en barro de la muerte de San Juan de Dios de Jacinto Higuera. La obra se exhibe dentro de la colección permanente del Museo, en una vitrina de la Sala Recibidor.

Origen de la obra

El encargo de la imagen de la muerte de San Juan de Dios que provocó el modelado de éste barro como boceto se debe a la petición de la obra por don Mariano de Foronda en 1917, diputado a Cortes por Cazorla, con el fin de destinarla a la iglesia del Hospital Provincial de Jaén, paliando así la ausencia de una imagen del Santo que había desaparecido tras un incendio. La obra definitiva la realizaría en madera de nogal algo mayor del natural y sin policromar.

Esquema compositivo

Sobre una simple y pequeña peana, encontramos arrodillado al Santo vestido con hábito. Sus manos son tremendamente expresivas y, con mucha firmeza, se aferran a una cruz sin crucifijo que aprieta verticalmente contra su pecho. Su torso, en un alarde de rigidez, se acentúa con la altivez de la cabeza que está violentamente mirando al cielo. Los ojos están cerrados, la boca entreabierta. Nariz afilada, pómulos y cejas muy marcadas. Pero corto y barba ligera. Los pliegues del hábito han sido finamente tratados. Son sencillos, otorgándole todo el mérito a la expresión de las manos y el rostro.

Los pies quedan cubiertos con largueza por los bajos del escapulario. La capucha presenta graciosos dobleces que responden a un esquema real.

Con palabras del profesor Sánchez Mesa, la gran fuerza comunicativa de esta cabeza, echada hacia atrás, y esas fuertes manos, como definitivamente atadas a la cruz, alcanzan sin lugar a dudas la emoción de nuestra mejor plástica barroca de carácter místico.

De valor artístico y documental

El éxito de la obra desde el momento de su finalización fue rotundo. «El eminente Benlliure, el maestro de los escultores españoles, que la ha visto con admiración y la nobleza de su alma, ha dicho que Higuera ha hecho una obra estupenda, colosal, definitiva».

La obra de Higuera cosechó halagadores comentarios hasta el punto de que el mismo autor y, en base al mismo boceto, realizó tres imágenes. Veamos cada una de ellas.

La primera, como decíamos anteriormente, se hizo para la iglesia del nuevo Hospital de Jaén. La mala fortuna no permitió que «el día de la inauguración del templo estuviera la imagen en él. Una enfermedad del artista y el retraso inevitable en la labor del policromado, impidió que Jaén pudiera admirarla en aquella fecha solemne». Tras esta afirmación y sabiendo que la obra aún hoy está sin policromar, surge la pregunta. ¿Estuvo pensando desde un principio policromar la obra y debido a la enfermedad del artista quedó en madera? O por el contrario, ¿se concibió inicialmente como obra que nunca llegaría a policromarse?

En 1920, esta misma pieza fue presentada a la Exposición Nacional de Bellas Artes, obteniendo medalla de oro y siendo adquirida por el Estado en siete mil pesetas. Nuevamente nos encontramos con una contradicción en esta primera pieza. Si fue donada dicha imagen a la nueva iglesia del Hospital de Jaén por la señora doña Mercedes Gómez Uribarri, esposa de don Mariano de Foronda, ¿cómo es posible que se vendiera al Estado en esa cantidad? Hasta el momento, desconocemos la respuesta a esta pregunta.

Gracias a las gestiones de don José del Prado y Palacio, importante hombre público del momento y protector del artista, fue cedida en depósito más tarde al Museo de Bellas Artes de Jaén.

A causa de su adquisición por el Estado, el escultor realizó una reproducción en madera de nogal policromada levemente en 1922, año en el que fue instalada en la capilla del Hospital Provincial de Jaén, lugar para el que había sido hecha la imagen original. Esta segunda obra fue premiada en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 en el Pabellón de Jerez, obteniendo la primera medalla del certamen, que fue otorgada al artista el 9 de junio de 1930.

Por último, y admirados todos por la calidad y altura de la pieza, en 1943 la Diputación de Madrid le encargó una réplica en bronce que, según se afirma, él mismo donó para el Hospital de San Juan de Dios de esta ciudad, hoy, en el Hospital Gregorio Marañón.

En resumen, son tres piezas que han emanado del boceto que conservamos en los Pisa y que hoy traemos a estas páginas:

1ª Pieza del Museo Provincial de Jaén.



S. JUAN D. DIOS

2ª Pieza realizada para suplir a la primera en el nuevo Hospital de San Juan de Dios de Jaén y que, en nuestros días, se puede contemplar en el antiguo hospital del mismo nombre.

3ª Pieza que se encuentra en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid.

Jacinto Higuera; maestro de la escultura monumental y el retrato. Trabajó abundantemente la imaginería religiosa, género despreciado por la falsedad de las reproducciones seriadas sin valores artísticos o no valorado por unos mal entendidos criterios académicos o ideológicos.

Nació en Santisteban del Puerto, provincia de Jaén, el 22 de febrero de 1877 y murió el 20 de noviembre de 1954 en Madrid. En la capital de España, lo encontramos en 1894 para estudiar pintura con Federico de Madrazo y escultura con Agustín Querol, ingresando en 1879 en el taller de Mariano de Benlliure como discípulo. En 1906, obtendría la medalla de segunda clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes por el grupo que presenta la Batalla de Bailén de su monumento a las Batallas de las Navas de Tolosa y Bailén. En 1942, fue propuesto para un sillón en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por tres importantes escultores: Benlliure, Capuz y Clará.

Junto al realismo y a la monumentalidad un tanto operística de sus monumentos, será el idealismo espiritualizado del tema religioso el que le lleve también a tocar la imaginería, a la que, desde propuestas de entidad plástica, quiere revalorizar.

Desde el comienzo de la realización de la imagen de San Juan de Dios, ya subraya ese aspecto Alfredo Cazaban cuando afirma:

...bien es cierto que frente a ese arte en el que el hombre modela la santidad y la pureza, el dolor y la angustia, el éxtasis y la meditación, ha surgido otro arte de industria, risueño, jugueteo y perfumado que llega al espíritu como una neblina vaga de lo ideal y no toca ni hiere con energía la fibra del sentimiento; nos referimos al arte industrial de la estatuaria religiosa.

Hasta aquí, la trascendencia de un pequeño boceto de barro, el más humilde de los materiales, que ha servido de inicio y presentación para la realización de nada menos que tres obras. Hoy, podemos gozar de su contemplación y al tiempo documentar su importancia, gracias al acierto de su adquisición para formar parte de la colección del Museo en 1976.

Con estas palabras, se resumía en una revista de la época el resultado de la imagen del Santo:

...hacer la imagen de un Santo abrasado al fuego del amor de caridad, en el momento en que rinde su vida de sacrificio, puesta la mirada a través de los cielos, en la esperanza de Dios, es



En la imagen superior:

Visita del rey Alfonso XIII a la Exposición Nacional de Bellas Artes, en 1920. Momento en el que contempla la talla de la muerte de San Juan de Dios.

A la derecha:

Página 69 del catálogo oficial de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1920. © Biblioteca Nacional de España.



Jacinto Higuera
«San Juan de Dios» (escultura en madera)

una gallardía, es una empresa bizarra y es, en fin, quebrar con gesto y además hidalgo de prócer artista, una danza en honor y en defensa de la tradición de nuestros grandes maestros de la escultura religiosa de nuestra patria.

Bibliografía sobre la pieza

- BENAVIDES VÁZQUEZ, Francisco. «Boceto de la Muerte de San Juan de Dios de Jacinto Higuera». *Juan Ciudad. Arte y Hospitalidad*, n.º 457. Sevilla, Curia Provincial Bética Orden Hospitalaria San Juan de Dios, 2000, pp. 4-7.
- BONET SALAMANCA, Antonio. «El escultor Jacinto Higuera Fuentes». *Boletín Instituto Estudios Giennenses*, n.º 212 (julio-diciembre 2015), pp. 383-398.
- LARIOS LARIOS, Juan Miguel. *Iconografía de San Juan de Dios en Andalucía*. Tesis doctoral, tomo IV. Núm. Cat. 212.
- SÁNCHEZ-MESA MARTÍN, Domingo; MARTÍNEZ JUSTICIA, María José. «San Juan de Dios de Jacinto Higuera». *Imágenes de San Juan de Dios*. Granada, Orden Hospitalaria, 1996, pp. 234-237.

Participación en exposiciones temporales

- 2002 · *San Juan de Dios en el arte contemporáneo*. Archivo-Museo San Juan de Dios 'Casa de los Pisa'. Del 1 de marzo al 5 de abril de 2002.
- 1920 · Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1920. [Obra tallada en madera, 148 x 69 x 81 cm.]

Fueron los granadinos los primeros que conocieron la «dichosa muerte del bendito Juan de Dios», de rodillas con un crucifijo en las manos... y así, rápidamente, adoptaron esta imagen como el icono del servicio.

No podía ser otra la escultura que presidiera «el templo del cuidado», el hospital de Juan de Dios.

Durante siglos esta figura ha marcado el lugar de la memoria de la hospitalidad, al estilo de Juan de Dios.

Su trasfondo espiritual, documental y afectivo sigue inspirándonos en el día de hoy, 475 años después, siendo fieles al legado recibido.



Archivo - Museo
San Juan de Dios
'Casa de los Pisa'
Granada